

prescindible de la personalidad del Cholo. En la descripción del proceso evolutivo intelectual de Vallejo, Hernández Novás es coherente con los documentos-textos de Vallejo —ignoro si coherente también con sus propias ideas—, al decir: «Vallejo escribirá algunos de los mejores poemas sociales con que cuenta nuestra poesía del siglo XX, pero lo hará sin obedecer mecánicamente a consignas exteriores, y partiendo de las mismas convicciones íntimas que le dictaron toda su poesía. Su posición vital es exactamente opuesta a una literatura de propaganda, pero también a una literatura a puerta cerrada» (p. XCIV). Totalmente de acuerdo, a condición de que sean determinadas críticamente esas «convicciones íntimas» y de que se entienda que la ideología marxista también puede ser objeto de propaganda.

En lo que afecta al problema de España y Vallejo, marxismo de por medio, me parece correcto el análisis y muy oportunas las matizaciones sobre manifestaciones y censuras de Georgette (p. C), pero, a mi juicio, es impertinente el dogmatismo con el que se identifica el movimiento comunista con la defensa de las causas más avanzadas, atribuyéndose, además, esa identificación a las propias convicciones de Vallejo; no hubiera estado mal hacer referencia al recelo que los «jefes» comunistas tuvieron hacia Vallejo, a su nunca plena confianza en él, al apartamiento de éste de Neruda, etc.: Hernández Novás ataca estas evidencias fácticas afirmando que los que las defienden lo hacen «por su incompreensión de la teoría marxista a la que el propio Vallejo se adhirió en vida y obra» (p. CI), y hace, a renglón seguido, una apología de «lo extraordinario de la asunción de las ideas marxistas por un intelectual de formación tan distinta, en un momento en que no existía la claridad que hoy poseemos frente a muchos aspectos políticos e ideológicos» (ib.). ¿Se estará refiriendo a la *glasnot* con la palabra «claridad»? En honor a la verdad, hay que reconocer que Hernández Novás se columpia, sin embargo, en acertados equilibrios para cohonestar el marxismo «raigal y radical» (p. CII) de Vallejo con su cristianismo no negado —y la frase dictada por Vallejo, ya en su lecho de muerte, a Georgette es aludida aquí como prueba; es transcrita en la página CVIII, reivindicando su autenticidad vallejjiana—. Por supuesto, Hernández Novás niega una conversión *in extremis* de Vallejo a ninguna religión, ya que —escribe— «Vallejo no podía convertirse en cristiano porque, a su modo, lo era. Hay que aceptar las cosas como son, sobre todo si somos marxistas. Y Vallejo lo fue, hasta el último momento» (p. CIX), con lo que declara que el marxismo también es una religión.

El crítico termina su «Vida de un poeta» con un estudio sobre *Poemas humanos* y *España, aparta de mí este cáliz* (pp. CIX ss.), en paralelo con el antes dedicado a *Los heraldos negros* y a *Trilce*: Afirma que «la unidad estilística de la poesía madura de Vallejo no puede ser sino fruto de una evolución ideológica» (p. CXV); que «si algo puede servir de factor común a todos los poemas póstumos de Vallejo es su humanismo» (p. CXVI); que, ante la injusticia vista y vivida del execrable sistema capitalista, «no resulta extraño que abrazara la concepción dialéctica y materialista de la historia» (p. CXVII); que, «en esencia, el espíritu de Vallejo es eminentemente

contradictorio y se orienta a detectar las contradicciones más dramáticas para abolir la imagen de un mundo idílico» (p. CXVIII); que «el tono, la intensidad con que Vallejo asume en su poesía la expresión de las contradicciones del ser humano bajo el régimen capitalista no tiene paralelo en lo que ha dado en llamarse poesía social» (ib.); que «su posición no es sólo conflictiva con respecto a un arte desligado por los problemas humanos, sino también en relación con un arte de propaganda que pinta la realidad de color de rosa» (ib.); que «Vallejo no desconfía de un arte político, sino de las visiones idílicas, triunfalistas, desproblematizantes» (ib.); que «lo que pone en marcha al hombre es la conciencia dolorosa siempre despierta, siempre abierta a los desgarramientos de la condición humana» (p. CXIX); que es «deseable una hermandad entre los hombres que es el reverso de la situación presente en que «los de arriba», como aves de rapiña, se alimentan de «los de abajo» (ib.); que «el hombre está condicionado por el mal que lo rodea» (p. CXX); que «no se puede reflejar verídicamente la realidad si no se tiene en cuenta cómo la ideología dominante permea la conciencia de las clases dominadas» (ib.); que «lo que diferencia a la poesía última de Vallejo (...) es que (...) su lenguaje nunca aspira a confundirse con el *habla*, sino que subraya siempre, sin discriminación de tradicionales elementos retóricos, su carácter eminentemente *literario*, de *lenguaje no común*» (p. CXXIII); que «va acercándose, mediante la relectura de los clásicos y la asimilación de elementos rítmicos y retóricos tradicionales, a su centro hispánico, hasta desembocar en ese canto de amor a las esencias que es *España, aparta de mí este cáliz*» (p. CXXIV)...

¿Cómo no estar de acuerdo, en conjunto, con todo esto? Pero yo he ido suprimiendo ciertos elementos ideológicos no vallejianos que Hernández Novás introduce a modo de cuñas, hundidas a presión. Confieso paladinamente que, sin esas cuñas (innecesarias), las últimas páginas del *Estudio introductorio* son una de las síntesis más logradas y objetivas que se hayan hecho de la poesía de Vallejo, aunque me hubiera gustado que su talante estrictamente literario-crítico fuera más hondo: tal vez lo impedía el carácter «divulgativo» del libro... En fin...

2) **El Texto vallejiano que se nos ofrece.** Aunque, como es evidente y obligado, ocupe este bloque la extensión mayor del libro, voy a condensar al máximo las sugerencias, algunas sugerencias, que su lectura provoca.

1ª). Tengo que reconocer —y lo hago con auténtica satisfacción crítica— que el texto presentado es plenamente fiable. Su fiabilidad le viene de una cuidadosa investigación extratextual y de una rigurosa lectura textual en la que han sido eliminados errores —crónicos en algunos casos— y reducidos a su estado original ciertos cambios alegremente introducidos por lecturas superficiales y despistadas. La información a pie de página, aunque conocida ya casi en totalidad por los expertos, es de utilidad incuestionable para el lector normal u ordinario que quiera leer a Vallejo y que, por ello, tiene derecho a exigir que lo que lee sea Vallejo puro y auténtico, sin adulteraciones ni certificados falsos. El método —escolar, pero indiscutiblemente productivo— de numerar de cinco en cinco los versos en cada página remite, sin confusión, al

encuentro *ad calcem* del dato señalado arriba. Como de costumbre, el libro de Espejo Asturrizaga es, aunque no siempre se diga explícitamente, la fuente más caudalosa de esta información paratextual. Dicho sea como reconocimiento al mérito y en alabanza justa a uno de los vallejianistas más eminentes.

2^a). Como es evidente, estas ilustraciones paratextuales resultan de más oportuna actualidad para *Los heraldos negros* y para *Trilce*, obras sobre las que hay que reconocer y lamentar que no tenemos aún ediciones críticas definitivas. Deben ser acogidas, por ello, con especial satisfacción y con agradecimiento especial. No sé si se puede llegar a más y mejor respecto a estos dos poemarios, pero estoy convencido de que hay que seguir intentándolo. El ejemplo de esta edición es un estímulo para hacerlo. La colocación del poema «Desnudo en barro» antes de «Capitulación» la han adoptado antes otras ediciones, pero no todas.

3^a). Los poemas juveniles de Vallejo —anteriores a *Los heraldos negros* y no incluidos en este poemario— son ofrecidos aquí como una cuña entre *Heraldos* y *Trilce*. Es una opción metodológica como otra cualquiera; personalmente, sin embargo, prefiero el orden cronológico, razón por la que en mis escritos coloqué estos poemas al principio y les doy el título de «Primeros versos», sin más pretensiones ni precisiones explicativas porque no las creo necesarias. Lo importante y significativo para el lector es que vea con sus propios ojos cómo Vallejo, vocacionalmente llamado a la poesía y por la poesía, fue preparando y velando sus armas y ejercitándose en/con ellas, de acuerdo con normas canónicas de reconocida eficacia tradicional cuyo manejo no le resultaba fácil —como fácilmente se comprueba—. El poeta no nace. El poeta se hace. Y su campo o banco de pruebas es el del lenguaje. Dominado ese campo —siempre indomitable—, los cánones son observados, paradójicamente, en cuanto que son quebrantados, siendo entonces cuando surge la auténtica voz personal del poeta. Estoy convencido de que Vallejo no llegó a dominar el arte —la técnica— canónico-tradicional de versificar, pero acertó con el punto y hora adecuados para entender que no podía ni debía seguir por un camino que no le conducía a ninguna parte. Si esto se comprende, se comprende que Vallejo sea —es— poeta, cómo lo es y por qué no puede serlo de otra manera. Pues bien, la piedra de toque de tan graves afirmaciones —con las consecuencias textuales que de ellas se derivan, es decir, la obra poética de Vallejo— son esos primerizos y humildes poemas juveniles, «no incluidos» en *Los heraldos negros*. Por consiguiente, una edición de la poesía de Vallejo que quiera tener una mínima base de consistencia crítica, no podrá, en absoluto, prescindir de esos poemas que se constituyen en punto obligado de referencia, en punto necesario de comparación, y en primer analogado de todos y cada uno de los elementos de la constelación poética vallejana. Su importancia es, pues, capital, y no sólo a niveles pragmáticos, aunque a esos niveles lo es de forma todavía más notable. Hernández Novás introduce, también como una cuña entre *Trilce* y *Poemas humanos*, «Dos poemas circunstanciales» y «Poemas publicados en revistas, después de *Trilce*».

4ª). Como queda dicho, Hernández Novás no considera que *Poemas en prosa* tengan entidad independiente y autónoma. En consecuencia, los incluye en *Poemas humanos*. No estoy de acuerdo con él, pero respeto las razones que él parece tener para incluirlos. Sí estoy de acuerdo, por evidentes razones críticas, en que no ponga título —cosa que sí hace por ejemplo, Moncloa— a poemas en los que Vallejo lo tachó: «Lánguidamente su licor», «Complemento de tiempo del hospital de Boyer», «Las ventanas se han estremecido», etc. Más discutible me parece la alteración del orden de estos poemas —que aquí no detallo por razones de economía de espacio—, tanto «en prosa» como «humanos». Lo importante es que la textualidad original se conserva; algo elemental, por otra parte, ya que todos estos poemas se conservan en sus originales, manuscritos o mecanografiados por el propio Vallejo. Además, el hecho de que yo mismo haya publicado una edición crítica de *Poemas humanos* y *de España, aparta de mí este cáliz*, me fuerza, aunque parezca paradójico, a no entrar en polémicas de detalle que se reducen inevitablemente a polvorientas peleas de gallinero. Siempre he tenido como obsesión directiva, en mis acercamientos a Vallejo (y a otros poetas) ésta: «que él crezca»; es decir, que sea conocido, leído y releído. Los críticos somos —o debemos ser— meros puntos auxiliares de apoyo para que la lectura de los textos sea cada día más abundante, más fiable, más apetecible y más placentera. Todo lo demás es «literatura». A pesar de ello, no puedo estar de acuerdo con la remisión a nota de las fechas que Vallejo colocó al final de los textos poemáticos: se trata de un dato en cierta medida textual y, por tanto, no desgajable del poema a cuyo pie el poeta lo colocó, aunque sepamos —y sí sabemos— que tal dato temporal puede no ser la fecha de la primera redacción del poema.

5ª. *España, aparta de mí este cáliz* es el libro que queda peor parado en esta edición. El orden de poemas es correcto, pero no se explican en notas las variantes ni las supresiones de modo fehaciente. Tampoco se da cuenta de los dos planes y esquemas que, según los manuscritos, tuvo el poemario, aunque en Apéndice se ofrezcan fragmentos desechados por Vallejo; no es suficiente. Las fechas son remitidas a las notas, despojadas de su testimonio textual. El poema XIV («¡Cuidate, España, de tu propia España!»), en el que la palabra —«cuidate»—, en confrontación flagrante con el manuscrito de Vallejo en el que las dieciséis veces aparece *cúidate*, con acento en la *u*. Podría pensarse, o que, por razones ocultas, el manuscrito no hace ley en este poema —con lo que resultaría ser una excepción—, o, simplemente, que no se ha conocido el manuscrito, ni siquiera en fotocopia, alternativa esta que no quiero ni puedo admitir.

III

Concluiré, aunque bien a gusto continuaría escribiendo, porque, haciendo mía y cambiando un punto de mira una célebre expresión, estoy convencido de que «de Vallejo numquam satis». Mi conclusión es telegráfica.

Estamos ante una edición de la obra poética de Vallejo, digna bajo casi todos los puntos de vista pertinentes, la impresión, los tipos de letra, la encuadernación, el rigor crítico, etc., colocan a esta edición, a mi juicio, entre las mejores que de Vallejo tenemos y con las que la he cotejado. Los catorce mil ejemplares de tirada son un dato que produce alegría —y envidia—. Contenta puede estar Casa de las Américas por el acierto de este libro, «terminado en el mes de diciembre de 1988, «Año 30 de la Revolución», Ciudad de La Habana, 08-07».

Mis reparos quedan dichos. El más serio es el ideológico. En este aspecto no se pueden hacer concesiones porque la visión de Vallejo quedaría desenfocada, como distorsionada puede resultar una lectura basada sobre los presupuestos ideológicos defendidos por Raúl Hernández Novás. A lo que intuyo, no conoce —tampoco tiene obligación de conocerlo— un libro mío en el que se habla de la «metalepsis vallejana» y de la «trilcedumbre», fenómenos que explican de forma amplia y en detalle datos que él, como otros, bautizan con nombres de rancio abolengo no revolucionario: «antítesis», «paradoja», «oxímoron», «antífrasis», etc. Lanzado por este camino, recuerdo que, entre las razones explicativas de la difícil popularidad de Vallejo y del ecumenismo poético vallejianista, escribí, hace ya bastantes años, estas palabras: «Creo que para no pocos el pedestal de honor en que lo veneran, con frecuencia sin conocerlo a fondo, se debe al matiz político-social de su ideología; en concreto, a una simpatía declarada por el marxismo, profesado por Vallejo al menos en los últimos diez años de su vida». Ni entonces me dolían prendas ni ahora me duelen prendas.

Nadie ignora —y se ha escrito— que siempre es difícil y peligroso acercarse a Vallejo. No raramente la tahona estuosa de aquellos mis bizcochos puede convertirse en un pan que en la puerta el horno se nos quema... ¡Cúidate de los que te aman!

Francisco Martínez García